

**Blas, punto redondo**

**Tusitala**

Para niños de 7-8 años

Había una vez un punto redondo llamado Blas. Un punto muy redondo pero muy infeliz porque no le gustaba llamarse Blas.

Y eso era raro. Muy raro. Porque en el País de la Gramática, donde viven todos los puntos, llamarse Blas era algo muy especial. Muy, muy especial. Porque todos los puntos del mundo son negros, sí, y redondos, sí, todos. Todos iguales. ¿Iguales? Pues no, porque solo unos poquitos nacen con nombre y ese nombre es Blas. Siempre Blas.

- ¡Pues vaya un nombre! -Protestaba el protagonista de nuestro cuento.

- Hijo no te entiendo... -le decía su madre cuando se quejaba- Es un honor ser un punto y llamarse Blas.

- Sí ya... Eso lo dices porque eres mi madre, pero vaya un honor... -contestaba él siempre-. ¿Un honor tener que ir siempre al mismo sitio? ¿Estar alegre de quedarme siempre al final de la misma frase? Quedarme ahí solo, solo total, para siempre... ¿De eso tengo que estar alegre?

- Pues claro hijo, muy pocos puntos tienen nombre y tienen ese cometido tan importante... Tú nunca pasarás desapercibido como un punto más. Tú eres un Blas punto redondo. Tú eres un príncipe entre los puntos, y cómo príncipe que eres tienes que estar contento con tu suerte.

En el País de la Gramática, si te llamas Blas, nada más nacer tienes que salir rodando y correr a ocupar tu sitio en una fila donde esperan quietos todos los puntos que tienen ese nombre. Son puntos importantes. Son diferentes. Son los elegidos.

Y del mismo modo que los humanos esperan de sus hijos que sean buenos, en el País de la Gramática, se espera que los puntos que se llaman Blas, en cuanto alguien diga en voz alta la famosa y mágica frase de “Lo dijo Blas punto redondo” salgan disparados a colocarse detrás de esa frase.

Un sitio muy importante. Sí. Porque esa frase: “Lo dijo Blas punto redondo” no es una frase cualquiera. No. Es lo que se llama una frase hecha, porque siempre tiene las mismas palabras en el mismo orden.

Una frase acantilado. Una frase final. Una frase que no solo termina una línea, sino que también termina un párrafo y sobre todo, con ella, se termina de hablar. Si alguien dice “Lo dijo Blas punto redondo” significa que no quiere hablar más. Significa que se terminó la discusión o la conversación.

Y nada más salir de la boca de un humano esa frase, el primer punto Blas de la fila sale disparado y bien alegre hasta ocupar el final de la frase. Y ahí se queda para siempre jamás. Solo y tan contento de ser importante y llamarse Blas...

¿Tan contento? ¿De verdad se está tan contento?

No. A veces no. Lo malo de nuestro cuento es que había una vez un punto que se llamaba Blas pero no estaba nada feliz de serlo.

- Pues menuda suerte... -decía nuestro Blas- Esto no es suerte ni nada parecido. Yo preferiría ser un punto normal y corriente. Un punto sin nombre. Un punto que aún no supiera dónde acabará estando. Preferiría tener un amigo de alma con el que compartir siempre la vida y ser para siempre dos puntos. O hacer pandilla con otros dos puntos, y llegar a ser unos divertidos puntos suspensivos. ¿O quién sabe? Conocer algún día a una coma simpática y pasarme la vida junto a ella como un feliz punto y coma.

- Pero hijo si tú eres mejor que ellos -le contestaba la madre de Blas- Me estás hablando de puntos vulgares ¿Cómo vas a preferir ser alguien normal y corriente? ¿Alguien cualquiera? Tú tienes un nombre, eres único.

- Pues sí, sí, lo preferiría. O ser incluso un punto y seguido cualquiera, uno sin nombre, pero arropado por dos frases en los extremos como si fueran los dos extremos de una bufanda que me abrigara. Así sería un punto que tendrá compañía... ¡Yo no quiero estar solo al final siempre de la misma frase! O tampoco me importaría ser el punto de una admiración, seguro que así estaba más contento... O el punto de una interrogación, las interrogaciones siempre incluyen sorpresas porque no se sabe cual va a ser la contestación... ¡Ser un punto llamado Blas es lo más solitario del mundo!

Y así se le pasaban los días a Blas, entre queja y queja, quejándose hasta el infinito de su destino de punto final.

Hasta que llegó el día temido. El día que ya estaba el primero de la fila de los puntos llamados Blas. Ya solo tenía que esperar a que alguien dijera la frase mágica: “Lo dijo Blas punto redondo”. Y entonces saldría corriendo hasta colocarse al final de la frase y ya quedarse ahí feliz para siempre jamás.

Pero Blas cada vez estaba más nervioso, él no quería ser eso, y como los puntos son redondos, y los nervios hacían que no pudiera estar quieto, no hacía más que rodar y rodar, chocándose continuamente con los demás puntos de la fila, descolocándolos.

- Blas estate quieto de una vez, le decía el de detrás.

- Pero si yo estoy quieto... -contestaba otro Blas.

- Que no te digo a ti, le digo al primer Blas...

Porque a medida que los nervios le hacían moverse, nuestro Blas se iba desplazando hacia atrás, perdiendo su puesto en la fila y haciendo que los demás se tambalearan a su vez. Hasta que se formó un lío tremendo porque como todos los puntos de la fila se llamaban Blas, todos protestaban, todos se empujaban, todos se quejaban los unos a los otros de ir cambiando de posición y nadie sabía quién hablaba a quién porque todos tenían el mismo nombre.

Pero nuestro Blas no dejaba de moverse. Al principio por los nervios, y luego ya porque estaba mareado de tanto rodar. Hasta que, en medio de ese lío, con tanto moverse, salió disparado de la fila. Y rodando y rodando muy deprisa, muy, muy deprisa, fue a caer en un sitio que ni tiempo le dio a ver bien antes de aterrizar. ¿Y ahora? ¿Ahora qué hago yo aquí? ¿Y dónde estoy? Con tanto protestar y moverse, con tantos nervios cómo había pasado en los últimos días, por fin estaba parado. ¿Dónde estoy? se volvió a preguntar. Y mientras se despejaba del batacazo, pensó que al menos al estar quietecito se le iba pasando el mareo...

Y ya un poco más tranquilo, miró a un lado y de reojo vio dos rayitas muy junto a él. Nunca había visto a esos seres. Así que al principio y con la sorpresa, levantó sus cejas de punto, levantó sus hombros de punto pero no se atrevió a preguntar. Y miró al otro lado. Y al hacerlo descubrió que su horizonte no tenía fin. Podía mirar muy, muy lejos y seguir divisando cosas...

- ¿Es increíble verdad?

- ¿Quién ha hablado? -Dijo Blas

- ¡Nosotras! -Dijeron unas vocecillas.

- ¿Nosotras?

- Claro nosotras ¿no nos ves? Al otro lado de dónde estás mirando. Estamos aquí arriba, mira, aquí, en lo alto...

Y Blas volvió a mirar al otro lado y se dio cuenta de que quiénes hablaban eran las dos rayitas que había visto antes...

- ¿Quiénes sois?
- Unas comillaaaas – dijeron las dos a dúo con voz cantarina.
- ¿Unas comillas? ¿Entonces vosotras no sois puntos, ni comas no?
- ¡¿Qué dices?! ¡Pues no ves que no! -Dijeron al unísono las dos llevándose unas minúsculas manitas a su cabeza de comillas. Nosotras somos unas comillas, ya te lo hemos dicho.
- Pueees encantado, me llamo Blas. -Dijo nuestro protagonista, porque fue lo único que se le ocurrió decir.
- Encantadas –contestaron a dúo otra vez las dos comillas.

A Blas le hacían gracia esa curiosa pareja de rayitas. Todo lo decían a la vez con música cantarina. Nunca había conocido a otras comillas. Y así se lo dijo:

- Es la primera vez que veo a alguien como vosotras.
- Es que no te creas que somos tantas...
- ¿Ah no?
- No, -siguieron diciendo a la vez-, nosotras solo estamos cuando la frase a la que acompañamos es especial.
- ¿Especial?

- Sí, especial porque es una frase diferente. Por ejemplo porque sea una frase que haya dicho alguien y entonces se quieren escribir las palabras exactas que dijo esa persona. Entonces nada más decir esa frase, salimos cuatro de nosotras raudas y veloces y nos colocamos dos a un lado y dos a otro, como dos guardaespaldas. O también cuando se trata de frases conocidas de todos que siempre se dicen de la misma forma: como los refranes, o las frases hechas, o...

- O la frase “Lo dijo Blas punto redondo” -dijo Blas acabando su frase y por fin dándose cuenta de dónde estaba. En su destino.

- ¡Sí por ejemplo -gritaron ellas- eso sería una frase hecha...! Esa, esa es nuestra frase. Qué rápido lo has entendido...

- ¡¿Cómo para no entenderlo?! -Dijo Blas riéndose, si yo soy uno de esos Blas punto redondo...

- ¡Anda! ¿No me digas? Tú eres uno de esos... Nunca habíamos conocido ningún punto que se llamase Blas, aunque habíamos oído hablar de que existían -dijeron ellas otra vez al mismo tiempo-. Pero conocerlos no. Como tú con nosotras... ¡Ya estamos iguales! Gritaron las dos aplaudiendo con sus minúsculas manos de comillas celebrando la coincidencia de no haber conocido nunca a otros iguales.

Blas se contagió de su alegría y les sonrió. Eran unos personajes muy curiosos las comillas, pensó. Eran unas rayitas muy ruidosas y muy graciosas. Tan iguales y tan juntas. Me van a gustar estas nuevas amigas tan divertidas, pensó mirando al infinito, mirando a toda esa extensión que le permitía contemplar su posición de punto final de frase, de línea, de párrafo, y de conversación.

Porque ya sabemos que cuando alguien dice “Lo dijo Blas punto redondo” se acaba de hablar sobre lo que se estaba diciendo... y viene un punto y final.

- ¿Eh oye Blas? ¿No nos oyes? Que te estamos hablando... -dijeron las comillas desde arriba-. ¿Qué piensas?

Y Blas no les dijo que pensaba lo que tantas veces le dijo su madre, que él era especial, que él no era un punto como otro cualquiera... Cuánta razón tenía. Él siempre quejándose de llamarse Blas y ser un punto y final, y ahora descubría que serlo tenía también cosas buenas: conocer a las comillas, tener mayores vistas sobre la página que si eres un punto y seguido y estás ahí metido en un párrafo... Cosas que nunca se le habían ni ocurrido. Al final no iba a estar, ni a sentirse, tan solo como siempre él creía.

Pero Blas no les dijo todo eso a aquel par de comillas sino que solo con una sonrisa les contestó:

- ¿Qué qué pienso? Pienso que estoy muy contento de conocerlos. Pienso que me llamo Blas y soy un punto diferente ¡qué suerte!